

# 1

Mick Riley notaba cómo le caía el sudor por la cara y los brazos. El entrenamiento que acababa de concluir había sido brutal. Se apoyó en la pared del vestuario, pero ni los fríos azulejos ni el vaso de agua helada que sostenía entre las manos hacían que desapareciera el sofoco. Estaba sudoroso, le ardía todo el cuerpo... Había recibido multitud de golpes y se había caído al suelo tantas veces que estaba seguro de haberse tragado la mitad de la tierra del campo de juego.

Sin duda estaba agotado y su estado de ánimo no era el más indicado para asistir a una fiesta esa noche. Lo único que le apetecía era darse una ducha fría, marcharse a casa y encargarse de una pizza. Sin embargo, iba a tener que ponerse el esmoquin, forzar una sonrisa y pasar un buen rato en un salón de baile junto con el resto del equipo, los San Francisco Sabers de la Liga Nacional de Fútbol Americano. Tendría que enfrentarse a fotógrafos, cámaras de televisión y a una horda de mujeres que solo tendrían entre ceja y ceja acostarse con él.

Unos años antes, aquel habría sido el punto álgido de la noche.

Pero ya no lo era.

¿Cuándo se había cansado de todo aquello? ¡Joder!, ¿cuándo se había hecho viejo?

Se quitó la camiseta de entrenamiento y la tiró al suelo antes de deshacerse de las protecciones. Emitió un suspiro de alivio mientras cogía una toalla y se secaba el sudor de la cara. Se desabrochó los pantalones, terminó el agua del vaso y se acercó al dispensador para volver a llenarlo.

Fue entonces cuando escuchó aquella voz fuera del vestuario. Era una voz femenina.

¿Qué hacía allí una mujer? Abrió la puerta y vio a una guapísima rubia a pocos metros de él, en el pasillo, dando vueltas mientras murmuraba para sí misma. Hombre, no podía negar que era un espectáculo encantador, con aquel traje sastre, la blusa blanca y el pelo recogido. La falda por las rodillas y los altos tacones resaltaban sus torneadas piernas. Ofrecía una imagen tan correcta y formal que provocó en él lujuriosos pensamientos sobre cuál sería la mejor manera de despojarla de aquella almidonada blusa y despeinarla.

—Deberías haber ido a la izquierda. Sabías de sobra que era hacia la izquierda. Tonta, más que tonta, ahora te vas a perder para siempre en este laberinto y acabarán despidiéndote.

La vio apoyarse contra la puerta mientras escudriñaba el largo pasillo al tiempo que daba toquitos con el tacón en el suelo.

—¿Dónde demonios estarán las oficinas? Es imposible que estén ubicadas en el sótano.

—No, no están aquí.

Ella se dio la vuelta. Parecía avergonzada de que la hubiera pillado hablando sola; la vio abrir mucho los ojos antes de acercarse a él.

—¡Oh, gracias a Dios! ¡Un ser humano! ¿Puedes ayudarme? Me he perdido.

—Por supuesto. ¿Estás buscando las oficinas?

—Sí.

La joven se detuvo frente a él. Olía a algo estupendo como la primavera, las galletas o sabe Dios qué. Algo que debería hacerle sentir avergonzado porque seguramente él no olía a nada tan apetecible.

—Gira a la derecha, luego toma el primer pasillo a la izquierda. Ahí encontrarás el ascensor. Súbete en él y ve al último piso. Cuando salgas, gira de nuevo a la izquierda y, al fondo del pasillo, encontrarás las oficinas.

Ella le miró muy seria antes de esbozar una amplia sonrisa.

—Eres mi héroe. He llegado a pensar que me iba a quedar atrapada aquí para siempre y que jamás lograría que me firmaran los contratos. Debo marcharme, tengo prisa. ¡Gracias!

La vio darse la vuelta y correr por el pasillo sin ser capaz de

entender cómo podía adquirir esa velocidad sobre aquellos tacones tan altos.

Era preciosa, aunque no se parecía en nada a las bellezas a las que estaba acostumbrado. No iba demasiado maquillada, así que su atractivo era natural. Sí, sin duda no era el tipo de mujer con el que solía salir; quizá fuera eso lo que más le atraía de ella.

Y no le había dado tiempo a presentarse ni a conseguir que le dijera su nombre.

Una verdadera pena, porque hubiera jurado que existía cierta chispa entre ellos.

Aunque quizá fuera cosa de su imaginación. Quizá lo único que necesitaba era un buen chorro de agua fría que rebajara la temperatura de su cuerpo; hacía demasiado calor.

Volvió a entrar en el vestuario, cogió la toalla y se dirigió a la ducha.

Tara Lincoln pensó que aquel podía ser el mejor evento de todos los que había organizado. Y más valía que lo fuera, porque así le proporcionaría más encargos. Su empresa, El Arreglo Perfecto, necesitaba todos los clientes posibles.

Poder organizar la fiesta de verano de los Sabers había sido un golpe de suerte. La agencia que solía planificar los eventos del club se encontraba ocupada para las fechas previstas y fue quien que le dio su nombre al secretario del dueño del equipo.

Dio una vuelta más alrededor del salón de baile y pensó con satisfacción que habían merecido la pena los cuatro meses de trabajo a tope. Lo había logrado, todo resultaba increíble; desde las relucientes y minimalistas decoraciones con claras referencias a la NFL, a los entremeses dispuestos en las barras habilitadas para el acontecimiento. Y todos los asistentes parecían estar pasándolo muy bien.

Paseó entre la gente con un auricular oculto discretamente en la oreja para poder enterarse al instante de un posible desastre, responder a cualquier pregunta o ayudar a quienquiera que lo necesitara. Hasta ese momento todas las crisis habían sido menores. Supervisó las barras, de las que se ocupaba una empresa de cate-

ring, y se aseguró de que la comida estaba caliente y era abundante, antes de volver a mezclarse con la multitud. No escuchó quejas y las caras sonrientes que había a su alrededor indicaban que todos los presentes estaban centrados en el fútbol y pasando un rato agradable, lo que significaba que podía retirarse a un lado y observar.

El grupo musical había comenzado a tocar y la pista de baile estaba abarrotada. Los periodistas presentes se dedicaban a sacar fotografías a los jugadores estrella y a entrevistar a los entrenadores. Ella pudo, por primera vez en la noche, respirar hondo mientras se apoyaba en la enorme cristalera de suelo a techo que se asomaba a la hermosa ciudad.

—¿Por qué no estás bailando?

Ella alzó la mirada al más de metro noventa de hombre impresionante, vestido de esmoquin, que se había materializado ante ella. Pelo negro, ojos sorprendentemente azules; sabía muy bien de quién se trataba. Era Mick Riley, quarterback de los Sabers y su salvador hacía unas horas. Se había quedado tan impactada al verlo cuando se perdió en el sótano donde estaban los vestuarios del equipo, que ni siquiera fue consciente de que se trataba de él hasta que el ascensor estuvo en movimiento. De acuerdo, no solo impactada, además se había olvidado de cómo se hablaba. ¿A quién no le habría pasado eso teniendo delante aquella magnífica y sudorosa musculatura casi desnuda? Ese tipo era un regalo de Dios para las mujeres. ¡Santo Dios! ¿Se podía ser más guapo? Por desgracia, lo único que había sido capaz de hacer en aquel momento fue pedirle una indicación.

¡Tonta, más que tonta!

Pero luego, cuando recuperó las conexiones cerebrales, se dio cuenta de con quién había estado hablando.

Con Mick Riley. ¡Mick Riley! Todo el mundo sabía quién era. Los que vivían allí y los que seguían la liga de fútbol americano sin importar dónde vivieran. Sus contratos publicitarios le hacían aparecer en todos los televisores del país y, seguramente, también en los del extranjero, pregonando las excelencias de una gran variedad de productos; desde desodorantes a herramientas de bricolaje. Era un icono, el sueño americano hecho carne. Y ¡menuda carne!

—Nos vimos antes —dijo él.

—Sí, es cierto. Gracias una vez más por haberme facilitado las indicaciones precisas.

—No hay de qué. Así que te han invitado esta noche...

Ella sonrió.

—No. No soy una invitada.

Él arqueó una ceja.

—Así que te has colado, ¿eh?

—No. —Soltó una carcajada—. Soy la organizadora del evento.

—¿De veras? Has hecho un trabajo magnífico.

¡Oh, Dios! La ponía a cien que le dijera lo buena que era.

—Gracias. Me alegra que te guste.

—No es que yo sepa demasiado sobre cómo debe organizarse una fiesta de lujo, pero me encanta comer y la comida que has servido es de lo mejor. Hay una barra muy bien sutida y el grupo es buenísimo.

Pues sí, las mejillas podían llegar a doler por sonreír mucho.

—Gracias de nuevo.

Bien, esperaba que él le dijera esas cosas también a Irvin Stokes, el propietario del equipo; esa sería una buena manera de cimentar su futuro.

—¿Hasta qué hora te toca trabajar?

Ella ladeó la cabeza y frunció el ceño. ¿Estaba ligando con ella? Echó un vistazo a la multitud, consciente de todas las impresionantes bellezas femeninas que había en la sala, muchas de las cuales ya habían echado el ojo a Mick. No, seguramente estaba confundiendo simple cortesía con otra cosa.

—Tengo que quedarme al pie del cañón hasta que se vaya el último invitado.

Él se echó a reír y su tono, ronco y profundo, hizo que le bajara un escalofrío por la espalda.

—Cielo, entonces es posible que tengas que pasarte aquí toda la noche. Los chicos saben cómo disfrutar de una fiesta.

Eso era lo que ella esperaba, ¿por qué si no habría hecho una petición expresa al hotel para poder disponer del salón de baile durante toda la noche y las horas extras que hicieran falta del grupo musical y del personal que lo atendía?

—Pues aquí estaré.

—Muy bien. ¿Cómo es que no llevas uno de esos uniformes de mayordomo o un delantal blanco?

—Yo me limito a organizarlo todo. El trabajo real lo hacen otros.

—Así que tú solo tienes que presentar buen aspecto, supervisar y asegurarte de que no se producen pérdidas de balón.

—Algo parecido, sí.

—Y andar disponible por aquí por si acaso alguien quisiera contratarte para otra fiesta.

—Eres muy listo, ¿verdad?

—Y eso que piensan que los futbolistas somos tontos...

Le caía bien aquel tipo. Era divertido e inteligente, pero seguía sin entender por qué estaba hablando con ella cuando *la crème de la crème* revoloteaba a su alrededor.

—Debería seguir con mi tarea —dijo ella.

—¿Es que te han pedido ayuda por el auricular?

—Bueno... no.

Él echó un vistazo al salón de baile.

—¿Se ha declarado un incendio? ¿Algún chef de alta cocina necesita que le lleves un Valium?

Ella curvó los labios.

—No.

Mick se acercó a ella y la tomó de la mano para enlazar su brazo con el de él.

—Entonces, en realidad no tienes nada que hacer, ¿verdad?

—Imagino que no.

—Bien. Soy Mick Riley.

—Yo soy Tara Lincoln.

—Encantado de conocerte, Tara Lincoln. —Él la alejó de la multitud, fuera del salón de baile.

—De veras, tengo que...

—Llevas ese chisme en la oreja. Si surge cualquier cosa, alguien te avisará. Y tu trabajo es asegurarte de que los invitados están contentos, ¿no?

—Sí.

—Pues yo soy un invitado y estoy deseando alejarme de aquí

para hablar contigo. Lo que significa que si te aseguras de que me encuentro satisfecho, estarás haciendo bien tu trabajo.

Por alguna razón que no acababa de entender, se sentía como si acabaran de sorprenderla con un bloqueo.

¿Y por qué ahora estaba pensando en términos futbolísticos?

Él la llevó hasta uno de los bancos con almohadones que había en el vestíbulo más alejado del salón de baile. No le quedó más remedio que admitir que era un lugar muy tranquilo, alejado del ruido de la fiesta. ¡Lo que daría por poder quitarse aquellos altísimos tacones durante algunos minutos! Pero ir a la última era un requisito de su trabajo... aunque doliera.

—¿Por qué no estás ahí dentro disfrutando de la fiesta en compañía de tus compañeros de equipo?

Él se encogió de hombros.

—Necesito descansar.

—¿Necesitas descansar de la increíble fiesta que he organizado?

—La fiesta está muy bien —aseguró él, reclinándose y apoyando el brazo en el respaldo del banco—. Es solo que no me van demasiado este tipo de jolgorios. Las charlas intrascendentes no son lo mío.

—Pues según las revistas de cotilleos, no te pierdes ni uno de los eventos que ocurren en Nueva York, Los Ángeles o aquí, en San Francisco. Eres el alma de las fiestas, por lo general con una mujer hermosa del brazo.

Él curvó los labios en una sonrisa tan sexy que ella notó un estremecimiento en el vientre.

—Cielo, eso solo son relaciones públicas.

—Mmm... no es eso lo que aseguran las revistas.

Notó el roce de su brazo en la espalda. Resultaba absolutamente desconcertante.

—No me digas que lees esas cosas.

—No me digas que todas esas mujeres que han salido en las fotografías de tu brazo eran amigas y nada más.

—Vale, me has pillado. Pero jamás he estado liado en serio con ninguna de ellas.

—¿Estás diciéndome que eres un ligón?

Él contuvo una carcajada.

—Guau, no te andas con chiquitas, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Solo llamo a las cosas por su nombre.

—Pues no creas todo lo que ves en la televisión ni todo lo que lees en las revistas. No soy un ligón.

—¿De veras? ¿Y qué eres?

—Queda conmigo cuando esto acabe y te enterarás.

Sí, sin duda estaba coqueteando con ella. No había duda alguna. Y aunque ella no sabía por qué, resultaba de lo más halagador. Era un quarterback muy apuesto y había pasado demasiado tiempo desde que un hombre se fijó en ella. Además, a pesar de que había algunas mujeres impresionantes en aquel salón, por alguna razón inexplicable la había elegido a ella. Su ego subió un par de peldaños... Bueno, siendo sincera, se había encaramado en lo más alto de la escalera.

No iba a suceder nada, por supuesto, pero pensaba disfrutar de su atención durante el tiempo que durara.

—No lo entiendo, Mick. ¿Por qué quieres salir conmigo?

—Porque eres real.

—¿Y todas las mujeres que están ahí dentro no lo son?

Lo vio sonreír.

—Son muy guapas, sí. Dentro de poco tendré que volver a concentrarme en el trabajo, ¿qué mejor manera de disfrutar del tiempo libre que me queda que con una mujer sincera y no con otra que solo quiere jugar?

—La temporada pasada fue magnífica. Felicidades. Pero no entiendo por qué no quieres pasar las vacaciones con una hermosa actriz o modelo, alguien que te ayude a relajarte.

—Gracias. Sí, fue una temporada alucinante. Y tengo una agente a la que le gusta que salga en las portadas con esas modelos y actrices; dice que es bueno para mi imagen, ya sabes.

Ella se alejó un poco para estudiarlo.

—Sí, entiendo que eso puede ser positivo para ti, porque aparecer en las revistas es publicidad y quizá haga que vaya más gente a los partidos.

—Exactamente. Aunque resulta agotador. Tal vez solo quiera estar con alguien que no sea...

—¿Famoso? ¿Conocido? ¿Qué no te haga salir en los programas de cotilleos?

Él se echó a reír.

—Algo así. Alguien con quien pueda mantener una conversación de verdad. Alguien que realmente quiera estar conmigo, no porque sea positivo para su carrera.

Ella siempre había envidiado a la gente como Mick Riley y las mujeres que colgaban de su brazo, pero quizá se había equivocado.

—No parece que te hayas divertido mucho últimamente.

—Bueno, en el campo me divierto mucho. Fuera de él...

—¡Oh, venga! No sé qué tiene de aburrido estar con todas esas mujeres.

Tara notó que el pecho de Mick se expandía cuando respiró hondo, y deseó que no llevara aquel esmoquin. Seguía todos los partidos de los Sabers. Con el uniforme del equipo, Mick era digno de ver; tenía el cuerpo de un atleta. Aquella tarde, cuando se lo encontró en el pasillo de los vestuarios... ¡Guau! No sabía que existían estatuas de carne y hueso. Admitió que no le importaría examinarlo de cerca. ¿Eso la convertía en una mujer superficial?

Seguramente.

—La mayoría de la gente no entiende por qué me quejo por salir con alguna de las modelos que aparecen en la portada de *Sports Illustrated* o con una actriz de moda que no tiene ni un solo defecto. También yo me lo pregunto.

—No se trata solo de belleza. Aunque la atracción física es lo que abre la puerta, tiene que haber algo más que eso para mantener viva una relación.

Él ladeó la cabeza.

—Lo entiendes...

—Por supuesto. Me gustan los hombres guapos tanto como a cualquier otra, pero tiene que haber algo de sustancia detrás. Algo que mantenga mi interés. De lo contrario, se acaba con una sensación de vacuidad.

—Con las mujeres que conozco es imposible mantener este tipo de conversación.

—¿Has intentado hacerlo?

—¿Quieres decir que puedo hablar con ellas aparte de mantener relaciones sexuales?

—Sí —afirmó ella.

—Sí, lo he hecho. Tampoco fue gran cosa. Están más interesadas en hablar de sí mismas y sus carreras. No suele pasar demasiado tiempo antes de que me aburra y me largue.

Ella sonrió.

—Quizá no hayas conocido a la mujer adecuada.

—Seguramente porque nunca la he buscado. —Él se levantó y le tendió la mano—. Vamos a bailar.

Ella sintió una oleada de pánico.

—Oh, no puedo.

—¿No? ¿Por qué?

—Pues porque estoy trabajando.

—¡Ja! —Mick tiró de ella y la llevó, sin que ella pudiera evitarlo, hasta la pista de baile, atravesando la multitud a su paso. Una vez allí, la giró hacia él, le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo contra su cuerpo.

¡Justo a tiempo! Una canción lenta. Las luces se oscurecieron y las parejas se apretaron en íntimos abrazos. Ella se encorvó, segura de haberse convertido en el centro de atención, pero cuando echó un vistazo a su alrededor, nadie parecía estar mirándoles. Quizá no fuera raro que Mick arrastrara a las mujeres para bailar con ellas. Rezó para que los periodistas estuvieran entrevistando a cualquier celebridad presente, que estuvieran fotografiando a Katrina Strauss, la última actriz de moda de Hollywood. Si fuera así, quizá estuviera a salvo de las cámaras.

Estaba convencida de que en cualquier momento se acercaría a ella algún directivo y la despediría. Trató de buscar por la estancia al señor Stokes, a su secretario o a cualquier otra persona de dirección, pero la pista estaba demasiado llena.

—¡Eh, venga! Relájate un poco, ¿vale?

Alzó la mirada hacia Mick.

—¿Cómo? ¡Ah, lo siento! Es que me siento culpable.

—¿Por estar bailando?

—Tú estás aquí para disfrutar y yo para trabajar.

Él le deslizó la mano por la espalda y ella deseó no haberse puesto un vestido tan revelador. La sensación que produjo la cálida palma en su piel desnuda hizo que pensar con claridad resultara imposible.

—Sé que estás trabajando; de hecho, estás manteniendo contentos a los invitados.

—¡Ja! Estoy manteniendo contento a *un* invitado. —Hizo hincapié en el «un».

—El resto no parece pasarlo mal. Relájate. —Mick la estrechó con fuerza antes de hacerla girar por la pista de baile. No se le daba mal aquello para ser tan grande. Ella esperaba que siendo jugador de fútbol americano fuera mucho más torpe, pero se deslizaba por el salón como si supiera muy bien lo que hacía.

—Bailas muy bien.

—Es que fui a clases de ballet.

Ella alzó la mirada a su rostro segura de que estaba bromeando.

—Estás tomándome el pelo.

—No, es cierto. Recibimos lecciones varios miembros del equipo. Es bueno para la coordinación.

Ella intentó reprimir una carcajada.

—Lo siento —se disculpó, sucumbiendo a la risa—, es que no logro imaginarte con mallas y tutú.

Él se rio con ella.

—Nos aseguramos de que no hubiera una cámara en kilómetros a la redonda.

¡Maldito fuera! Cuanto más tiempo pasaba con él, más le gustaba. ¿Por qué no podía ser un arrogante hijo de perra, pagado de sí mismo, al que solo le gustara hablar de su carrera y sus estadísticas? Si fuera un egocéntrico resultaría mucho más fácil alejarse de él. Pero no solo era guapísimo, además era divertido y mostraba un abierto interés por ella y su trabajo; le encantaba estar con él.

¿Cuánto tiempo hacía que no bailaba con un hombre? Ni lo recordaba. Eso significaba que, sin duda, hacía demasiado tiempo. Era muy placentero sentir su cálida mano en la espalda, entrelazar los dedos de la otra y sentir la presión de sus muslos contra los de ella mientras la guiaba con pericia alrededor de la pista. Olía

bien, a pinos y aire libre. Se acercó más y aspiró, sorprendida una vez más de lo grande que era.

Y cuando terminó la canción, la inclinó hacia atrás y dejó que su cuerpo siguiera el movimiento hasta quedar sobre ella. Tara le miró boquiabierta y soltó un gritito de sorpresa.

—Apuesto lo que sea a que esto no lo aprendiste en la clase de ballet.

Él la incorporó de nuevo mientras la estudiaba con un travieso brillo en los ojos.

—No se lo cuentes a nadie, pero mi madre es profesora de baile. Es posible que aprendiera algo de ella.

—¿Tu madre es profesora de baile? ¿Profesora de baile de salón para adultos?

Él le ofreció el brazo y la acompañó a su mesa, donde la ayudó a sentarse antes de acomodarse a su lado.

—No, es profesora de niños.

Ella vio orgullo en sus ojos y se le derritió el corazón.

—Es una profesión maravillosa, seguro que le encanta.

—Sí, sin duda. Aunque se siente un poco decepcionada de que sus dos hijos prefieran jugar al fútbol y al béisbol que convertirse en el próximo Baryshnikov.

—¡Pobrecita!

—Se consoló con nuestra hermanita. Fue ella la que se vio obligada a soportar todas las clases de baile.

Tara se echó a reír.

—¿A ella tampoco le gustaba bailar?

—Oh, no le quedó más remedio que hacerlo, pero hubiera preferido estar al aire libre con nosotros. Es una chica inusual.

Ella se inclinó y apoyó los codos en la mesa.

—Parece que tienes una familia increíble.

—Sí, es cierto. ¿Y la tuya?

Ese era un tema en el que ella no quería entrar.

—Oh, no se parece en nada a la tuya.

—Háblame de ella.

Sí, para que huyera a toda velocidad.

—Mi familia no es tan acogedora y cariñosa como parece ser la tuya.

Él se rio y le cubrió la mano con la suya.

—No todo el mundo es cariñoso. Pero eso no significa que no quiera saber algo de tu vida.

Estaba segura de que él no quería saber nada de su vida ni de su patética familia. Por suerte, a la empresa de catering le surgió un problema en ese momento. Se llevó la mano al oído y se puso en pie.

—Tengo que irme.

—¿Una emergencia?

—Sí. Gracias por el baile. El descanso me ha venido genial.

—Vuelve aquí después de solucionar el problema.

—Estoy segura de que para entonces habrás encontrado a otra mujer con la que pasar el rato.

Él se reclinó en la silla y cogió un vaso de agua al tiempo que la miraba de una manera que le puso la piel de gallina.

—No, no lo haré. Te esperaré.

Ella huyó, excitada como nunca por culpa de Mick Riley. Era un hombre peligroso y llegar a conocerlo mejor podía acabar complicándole la vida. Sin embargo, la intrigaba y hacía mucho tiempo que no sentía eso por un hombre.

Por desgracia, pasaron varias horas antes de que volviera a estar libre. El servicio de restauración se había quedado sin carne y el *maitre* tuvo un problema con una camarera que no encontró otra cosa que hacer que discutir con su novio con mensajes de texto y acabar llorando; Tara tuvo que hacer verdaderos juegos malabares para conseguir que las aguas volvieran a su cauce. En el momento en que todo eso estuvo resuelto, dio una vuelta para asegurarse de que no ocurría nada más.

Para entonces, la fiesta ya no estaba en su apogeo. Muchas personas se habían ido y solo quedaban los más resistentes. El secretario personal del señor Stokes la detuvo para comunicarle que su jefe se había mostrado muy satisfecho con el evento y que seguramente recurrirían a ella en más ocasiones. Contuvo como pudo el grito de triunfo y le dio las gracias con calma, mostrándose encantada de ofrecer sus servicios para cuando fuera necesario. Ojalá la recomendara a sus amigos; necesitaba que su negocio creciera.

Dos horas después, todos los invitados se habían marchado. Ella se despidió del grupo musical y del personal del bar y del catering, felicitándoles por el gran trabajo realizado.

Una vez sola, miró a su alrededor, a la sala vacía y no pudo contener una sonrisa. Lo había conseguido. Era su primer gran evento y había logrado solventarlo a la perfección.

Le dolían los pies. Se dejó caer en la silla más cercana, se quitó los zapatos y abrió la botella de agua mineral que había cogido en la barra antes de que cerrara. Bebió un largo sorbo y suspiró.

—Pensaba que no se irían nunca.

Enderezó la espalda y giró la cabeza. Mick estaba caminando entre las hileras de mesas.

—Y yo pensaba que te habrías marchado hace horas.

Él puso una silla frente a ella y se sentó. La sorprendió cuando se inclinó para agarrarle los tobillos y ponerle los pies en su regazo.

—Estuve algunas horas con un par de líneas ofensivos en el cuarto de entrenadores viendo vídeos de la última temporada.

—Ah, ¿y qué tal?

Él cogió uno de los pies y comenzó a frotar el puente. Ella tuvo que morderse el labio para no gemir de placer; aquello era increíble.

—Terminamos echando la culpa a la defensa por haber perdido el campeonato.

Ella se rio.

—¡Qué conveniente!

Él se encogió de hombros.

—Seguramente los defensas estuvieron en el cuarto de entrenadores defensivos echándonos la culpa a nosotros.

Ella quiso decirle que le había echado de menos, que le buscó con aire indiferente cuando recorrió el salón de baile, pero no se atrevía a admitir tal cosa en voz alta. Sonaría demasiado desesperada; a fin de cuentas, apenas lo conocía.

Por otra parte, tenía los pies en su regazo y él le estaba dando un masaje delicioso que provocaba que se le erizaran los pezones y que mojara las bragas. ¿En qué la convertía eso?

Eso indicaba que California no era el único lugar que había

sufrido una sequía durante los últimos años. Y ahora estaba sola en una enorme sala de baile, con un hombre que tenía unas manos increíbles y exudaba sexualidad por cada poro de su piel. Se preguntó qué más sería capaz de hacer con aquellos dedos maravillosos.

—No tienes por qué darme un masaje en los pies.

—Percibí una mueca de dolor cuando te quitaste los zapatos. Y te escuché suspirar.

—He estado demasiado tiempo de pie para llevar unos tacones tan altos —confesó con una sonrisa—. Soy más de vaqueros y zapatos bajos.

Él ladeó la cabeza.

—No sabes cómo te entiendo. Yo soy igual.

—¿De vaqueros y zapatos bajos?

Mick se rio.

—Mmm, no es eso. Pero el esmoquin me está matando. —Lo vio aflojarse la pajarita y desabrochar los botones superiores de la camisa antes de quitarse la chaqueta—. Bien, esto está un poco mejor.

—Si vas a empezar un *striptease*, quizá deberías irte a casa —bromeó ella.

—¿Por qué? ¿Es que nunca has visto a un hombre desnudo?

Ella contuvo una carcajada.

—No, no es por eso. Pero no creo que un salón de baile tan grande pueda ofrecerte la privacidad necesaria para quitarte toda la ropa.

—¿Y cómo sabes que quiero quitarme toda la ropa?

Ella hundió la barbilla y sacudió la cabeza.

—Estoy cavando mi propia fosa, y es cada vez más profunda, ¿verdad?

—¿Tienes que ir a algún sitio ahora?

Ella alzó la mirada y buscó la suya.

—No. ¿Por qué?

—Ven conmigo. —Él se levantó y se inclinó para recoger sus zapatos antes de tomar su chaqueta y colgársela del brazo.

Ella le siguió fuera del salón de baile.

—¿Adónde vamos? ¿No tendría que ponerme los zapatos?